



**Margo Glantz**

## **La Malinche; la lengua en la mano**

Calar hondo...

Calar hondo para descubrir el secreto de las tierras recién descubiertas, parece haber sido una de las preocupaciones esenciales de Cortés. Esas frases se repiten a menudo en la primera carta de relación y en la segunda. En el pliego de instrucciones que Diego Velázquez le entrega a Cortés, antes de salir de Cuba, se lee:

Trabajaréis con mucha diligencia e solicitud de inquirir e saber el secreto de las dichas islas e tierras, y de las demás a ellas comarcanas y que Dios Nuestro señor haya servido que se descubrieran e descubrieren, así de la maña e conversación de la gente de cada una dellas en particular como de los árboles y frutas, yerbas, aves, animalicos, oro, piedras preciosas, perlas, e otros metales, especiería e otra cualesquiera cosas, e de todo traer relación por ante escribano<sup>1</sup>.

Y es obvio que no es posible calar hondo ni descubrir secretos si se carece de lengua, es decir de intérprete. La primera buena lengua indígena que Cortés obtiene es Malinalli, Malintzin o Malinche, esa india que, como él dice, «hubo en Potonchán»<sup>2</sup>.

¿Cómo hacer para descubrir el secreto que también a ella la encubre? Todos los cronistas la mencionan a menudo, con excepción de Cortés, quien sólo una vez la llama por su nombre, en la Quinta Carta de Relación<sup>3</sup>. Coinciden, además (incluso el marqués del Valle), en señalar que Marina formaba parte de un tributo o presente entregado al Conquistador después de la batalla de Centla, a principios de 1519, en dicho tributo se incluyen veinte mujeres para moler maíz, varias gallinas y oro<sup>4</sup>. Forma parte de un paquete tradicional o, mejor, de un lote, semejante al constituido para el trueque o rescate, pero en el que por lo general no entran las mujeres; cuando ellas se añaden al lote, es un símbolo de vasallaje (los cempoaltecas «fueron los primeros vasallos que en la Nueva España dieron la obediencia a su majestad») <sup>5</sup> aunque también puede ser de alianza, como puede verse luego en las palabras del cacique tlaxcalteca Maxixcatzin: «démosles mujeres [a los soldados principales de Cortés] para que de su generación tengamos parientes»<sup>6</sup>.

López de Gómara formula de esta manera el intercambio:

Así que pasado el término que llevaron, vino a Cortés el señor de aquel pueblo y otros cuatro o cinco, sus comarcanos, con buena compañía de indios, y le trajeron pan, gallipavos, frutas y cosas así de bastimento para el real, y hasta cuatrocientos pesos de oro en joyuelas, y ciertas piedras turquesas de poco valor, y hasta veinte mujeres de sus esclavas para que les cociesen pan y guisaren de comer al ejército; con lo cual pensaban hacerte gran servicio, como los veían sin mujeres, y porque cada día era menester moler y cocer el pan de maíz, en que se ocupan mucho tiempo las mujeres [...] Cortés los recibió y trató muy bien, y les dio cosas de rescate, con lo que holgaron mucho, y repartió aquellas mujeres esclavas entre los españoles por camaradas<sup>7</sup>.

En este caso específico, las mujeres cumplen un doble servicio, acompañarán al ejército para alimentarlo y funcionarán como camaradas de los oficiales, eufemismo usado por López de Gómara para no mencionar su verdadero papel, el de concubinas o barraganas, contrato sospechoso, o para usar un término más moderno, el de soldaderas. En realidad, como se dice en el texto, son esclavas: «Los primeros conquistadores y pobladores europeos aplicaron la institución de la esclavitud de los indios de México por dos vías principales: la guerra y el rescate», explica Silvio Zavala<sup>8</sup>. Desde el inicio de la Conquista uno de los recursos para conseguir intérpretes era apoderarse de los indios, para que, como califica Las Casas, «con color de que aprendiesen la lengua nuestra para servirse dellos por lenguas, harto inicivamente, no mirando que los hacían esclavos, sin se lo merecer»<sup>9</sup>.

Si sólo hubiese cumplido con la doble función antes mencionada, Marina hubiese caído en el anonimato; al añadir a su género otra cualidad, la de la bilingüedad, es decir, conocer tanto el maya como el náhuatl, y también por ser de natural «entremetida y desenvuelta», según palabras de Bernal, acaba refinando su papel, para trascender la categoría del simple esclavo.

## Entremetida y desenvuelta

Pero me detengo un poco: ¿qué es, en realidad, un o una lengua? En el primer Diccionario de la lengua castellana, Covarrubias lo define como «el intérprete que declara una lengua con otra, interviniendo entre dos de diferentes lenguajes». A partir de esto -haré unas observaciones pertinentes- se deducen de las fuentes históricas, y es bueno volver a tomarlas en cuenta:

1. Antes de tener lengua, los españoles se entienden con los naturales usando de una comunicación no verbal, «diciéndoles por sus meneos y señas», según Las Casas<sup>10</sup> o Bernal «y a lo que parecía [...] nos decían por señas que qué buscábamos, y les dimos a entender que tomar agua»<sup>11</sup>.
2. Luego, al apoderarse a la fuerza de los naturales «para haber lengua», no se espera una verdadera comunicación. Las Casas expresa verbalmente sus dudas, acerca del Melchorejo: «traía el Grijalva un indio por lengua, de los que de aquella tierra había llevado consigo a la isla de Cuba Francisco Hernández, con el cual se entendían en preguntas y respuestas algo»<sup>12</sup>; de quien también dice Gómara: «Mas como era pescador, era rudo, o más de veras simple, y parecía que no sabía hablar y responder»<sup>13</sup>.
3. Por su peso cae que el lengua debe saber hablar, «declarar una lengua con otra», «intervenir». Ni Juliancillo ni Melchorejo, los indios tomados durante el primer viaje de Hernández de Córdova, y distinguidos así con ese diminutivo paternalista, son capaces de cumplir al pie de la letra con su oficio de lenguas, que por otra parte no es el suyo. Tampoco lo pueden hacer la india de Jamaica, sobreviviente de una canoa de su isla que dio a través en Cozumel, y que ya hablaba maya<sup>14</sup>, ni el indio Francisco, nahua, torpe de lengua<sup>15</sup>, encontrados ambos durante el segundo viaje, el de Grijalva<sup>16</sup>.
4. El sexo de las lenguas que se eligen es por regla general el masculino, con algunas excepciones, la recién mencionada, la india jamaquina, por ejemplo, y la Malinche. El Conquistador Anónimo afirma que los mexicas son «la gente que menos estima a las mujeres en el mundo»<sup>17</sup>. En consecuencia, sólo por azar se piensa en ellas, como bien lo prueba su escasez.
5. Los prisioneros de rescate o de guerra utilizados como lenguas suelen ser deficientes, proceden de mala fe («y creíamos que el intérprete nos engañaba»)<sup>18</sup>, no sólo eso, los indígenas vueltos lenguas a fuerza, traicionaban:
  - e aquel mensajero dijo que el indio Melchorejo, que traíamos con nosotros de la Punta de Cotoche, se fue a ellos la noche antes, les aconsejó que nos diesen guerra de día y de noche, que nos vencerían, que éramos muy pocos; de manera que traíamos con nosotros muy mala ayuda y nuestro contrario<sup>19</sup>.

6. Consciente de esto, y advertido por los primeros expedicionarios de que algunos españoles, hombres barbados, están en poder de los naturales de Yucatán, Cortés dedica esfuerzos consistentes para encontrarlos. El resultado es la adquisición de «tan buena lengua y fiel»<sup>20</sup>, Jerónimo de Aguilar, cautivo entre los mayas.

7. Salidos de territorio maya, el antiguo cautivo español ya no sirve como intérprete: «Todo esto se había hecho sin lengua, explica Gómara, porque Jerónimo de Aguilar no entendía a estos indios»<sup>21</sup>. En ese momento crucial aparece Malintzin, «ella sola, con Aguilar, añade el capellán de Cortés, el verdadero intérprete entre los nuestros de aquella tierra»<sup>22</sup>.

Malintzin, la india bilingüe, entregada por Cortés a Alonso Hernández Portocarrero, muy pronto alejado de esta tierra como procurador de Cortés en España y quien la deja libre, en ese mismo año de 1519, al morir en la prisión española donde lo había puesto el obispo Rodríguez de Fonseca, amigo de Velázquez y enemigo jurado de Cortés. La mancuerna lingüística se ha sellado. Su ligazón es tan intensa que fray Francisco de Aguilar los fusiona, habla de ellos como si fueran uno solo, «la lengua Malinche y Aguilar»<sup>23</sup>, y el cronista mestizo Diego Muñoz Camargo<sup>24</sup> los une en matrimonio, desde Yucatán: «habiendo quedado Jerónimo de Aguilar [...] cautivo en aquella tierra, procuró de servir y agradar en tal manera a su amo [...] por lo que vino a ganarle tanta voluntad, que le dio por mujer a Malintzin»; y Fernando de Alva Ixtlilxóchitl<sup>25</sup>, reitera: «Malina andando el tiempo se casó con Aguilar». En realidad, es Cortés quien de ahora en adelante está ligado indisolublemente a la Malinche, «Marina, la que yo siempre conmigo he traído»<sup>26</sup>. Se ha formado un equipo perfecto de intérpretes sucesivos, tal como se ve dibujado en un códice inserto en la Descripción de la ciudad y provincia de Tlaxcala, de Muñoz Camargo: «El indio informa, Marina traduce, Cortés dicta y el escribiente escribe».

8. Cortés no necesita un simple lengua, necesita además faraute. En las Cartas de relación esa palabra se repite, varias veces: «dándoles a entender por los farautes y lenguas»<sup>27</sup>. López de Gómara especifica que cuando Cortés advirtió los merecimientos de Malintzin, «la tomó aparte con Aguilar, y le prometió más que libertad si le trataba verdad entre él y aquellos de su tierra, pues los entendía, y él la quería tener por su faraute y secretaria»<sup>28</sup>. En ese mismo instante, la Malinche ha dejado de ser esclava, ha trocado su función de proveedora -moler y amasar el maíz- y de camarada -ser la concubina de un conquistador- para convertirse en secretaria y faraute de Cortés. Lo ha logrado porque es, recuerda Bernal, de buen parecer, entrometida y desenvuelta.

Y aquí se dijo entremetido el bullicioso

¿Qué es entonces un faraute, palabra casi desaparecida de nuestra lengua?

Un faraute es, con palabras de Covarrubias:

el que hace principio de la comedia el prólogo; algunos dicen que faraute se dijo a ferendo porque trae las nuevas de lo que se ha de

representar, narrando el argumento. Ultra de lo dicho significa el que interpreta las razones que tienen entre sí dos de diferentes lenguas, y también el que lleva y trae mensajes de una parte a otra entre personas que no se han visto ni careado, fiándose ambas las partes dél; y si son de malos propósitos le dan sobre éste otros nombres infames.

La Real Academia concuerda con esas acepciones y agrega una que a la letra dice: «el principal en la disposición de alguna cosa, y más comúnmente el bullicioso y entremetido que quiere dar a entender que lo dispone todo». Como sinónimo inscribe la palabra trujamán que, según la misma fuente, «es el que por experiencia que tiene de una cosa, advierte el modo de ejecutarla, especialmente en las compras, ventas y cambios».

No cabe duda de que todas esas acepciones le quedan como anillo al dedo a la Malinche. Una de las funciones del faraute es entonces la de lanzadera entre dos culturas diferentes. En parte también, la de espía, pero sobre todo la de intérprete de ambas culturas, además de modelador de la trama, como puede verse muy bien cuando en el Diccionario de la Real Academia se agrega: «El que al principio de la comedia recitaba o representaba el prólogo y la introducción de ella, que después se llamó loa». Y es en este papel justamente que aparece Malinche en la tradición popular recogida en el territorio de lo que fue el antiguo imperio maya<sup>29</sup>.

Un faraute puede muy bien ser entrometido. «Entrometerse -vuelve a explicar el diccionario de Covarrubias- es meter alguna cosa entre otras, que en cierta manera no es de su jaez y se hace poco disimularla y regañar con ella. Entrometerse es ingerirse uno y meterse donde no le llaman, y de que aquí se dijo entremetido el bullicioso». Malinche ha demostrado que sabe las dos lenguas, es decir, se ha entremetido entre los españoles y los indios y ha enseñado su calidad: es por lo tanto bulliciosa. En una carta que le escribe a Carlos V, fray Toribio Motolinía se expresa así de fray Bartolomé de las Casas: «Yo me maravillo cómo Vuestra Majestad y los de vuestros Consejos han podido sufrir tanto tiempo a un hombre tan pesado, inquieto e inoportuno y bullicioso y pleitista»<sup>30</sup>.

El bullicioso es el inquieto que anda de aquí para allá, suerte de lanzadera, de entremetido, de farsante. Todo bullicioso es hablador y Malintzin lo es, ése es su oficio principal, el de hablar, comunicar lo que otros dicen, entrometerse en ambos bandos, intervenir en la trama que Cortés construye. Cumple a todas luces con el papel que se le ha otorgado: es lengua, es faraute, es secretaria, y como consecuencia, mensajera y espía.

...habían de ser sordas y mudas

Parece ser que las niñas y las muchachas mexicas no hablaban durante la

comida, además se les sometía «a una especial parsimonia en el hablar», al grado que Motolinía tenía la impresión de que «habían de ser sordas y mudas»<sup>31</sup>. De ser esto una regla general, la figura de Malinche es aún más sorprendente. López Austin aclara:

En ciertos sectores de la población urbana las mujeres adquirirían una posición de prestigio al abandonar las penosas y rutinarias actividades intrafamiliares para participar en las relaciones externas. Así, existe la mención de que las mujeres pertenecientes a familias de comerciantes podían invertir bienes en las expediciones mercantiles. Las fuentes nos hablan también de mujeres que llegaron a ocupar los más altos puestos políticos, y en la historia puede aquilatarse la importancia de personajes como Ilancuéitl, que tuvieron una participación de primer orden en la vida pública. Sin embargo, en términos generales, la sociedad enaltecía el valor de lo masculino»<sup>32</sup>.

Si bien la excesiva pasividad que por las fuentes escritas por los misioneros podría deducirse, en relación con las mujeres, ha sido muy controversial, el hecho escueto es que no se tiene noticia de ninguna otra mujer que, durante la Conquista de México, haya jugado un papel siquiera parecido al de la Malinche. En la crónica del clérigo Juan Díaz, capellán de la expedición de Grijalva, se hace mención de un hecho singular, durante una transacción de rescate: «El dicho cacique trajo de regalo a nuestro capitán un muchacho como de veinte y dos años, y él no quiso recibirlo [...]».

Más tarde, sin embargo, Grijalva que nunca quiere recibir nada, como reitera Díaz, acepta «a una india tan bien vestida, que de brocado no podría estar más rica»<sup>33</sup>. Aunque por este dato pudiera inferirse que también se incluían los esclavos varones como parte de un rescate, lo cierto es que en las crónicas sólo he encontrado esta excepción, y en la inmensa mayoría de los casos se hace únicamente mención de lotes de muchachas entregadas como esclavas. Entre ellos, el tantas veces mencionado obsequio de veinte doncellas, entre las cuales se encuentra Malintzin. Como regla general, aunque con excepciones, las otras mancebas se mantienen en el anonimato<sup>34</sup>. Más sorprendente es entonces, repito, el papel primordial que jugó en la conciencia no sólo de los españoles sino también de los indígenas, al grado de que, como es bien sabido, Cortés era llamado, por extensión, Malinche. Diego Muñoz Camargo la enaltece grandemente:

mas como la providencia tenía ordenado de que las gentes se convirtiesen a nuestra santa fe católica y que viniesen al verdadero conocimiento de Él por instrumento y medio de Marina, será razón hagamos relación de este principio de Marina, que por los naturales fue llamada Malintzin y tenida por diosa en grado superlativo, que así se debe entender por todas las cosas que acaban en diminutivo es por vía reverencial, como si dijéramos agora mi muy gran Señor -Huelnohuey-, y así llamaban a Marina de esta manera comúnmente Malintzin<sup>35</sup>.

Si el sufijo *tzin* aplicado a Malinalli (que en náhuatl quiere decir varias cosas, cuyo significado es simbólico y hasta esotérico, como por ejemplo una trenza, una liana, una hierba trenzada), equivale al reverencial castellano doña, Malinche ha adquirido verdadera carta de nobleza<sup>36</sup>. Señora o doña, mujer muy honrada y principal, reverenciada, acatada, de buena casta y generación, Marina va adquiriendo estatura divina entre los naturales, como consta también en varios códices, por ejemplo, los fragmentos del Códice Cuauhtlatzingo donde, al reseñar los triunfos de Cortés, aparece doña Marina, ataviada como la diosa del agua, Chilchiuhtlicue<sup>37</sup> y en el Lienzo de Tlaxcala, su colocación en el espacio del códice y sus ademanes revelan que ocupa una jerarquía de gran autoridad. Este dato podría quizá remacharse, como lo hace Brotherston en su texto, los numerosos códices en donde Marina es personaje esencial, confirma la tradición en que se basa Muñoz Camargo para hablar de ella como si fuera una diosa. Pienso que a pesar de la ritualización de los comportamientos en la sociedad náhuatl, y por tanto del estrecho margen de acción que parece corresponderle, la mujer debe haber tenido mucho peso en la sociedad mexicana, sin embargo, no me parece probable que se deifique a una mujer que cumple simplemente con las reglas de su cotidianidad, aunque ésta haya sido totalmente violentada por la invasión de los españoles. Sólo puede deificarse a alguien excepcional, y por lo general cuando las mujeres descuellan se tiende a deshistorizarlas y a convertirlas en mitos: la deificación es una de las formas de la mitificación. Marina acaba representando todos los papeles y es figura divinizada entre los naturales, y reverenciada por los españoles. A pesar de relativizar su elogio, cuando lo inicia diciendo, «con ser mujer de la tierra», la admiración de Bernal es enorme: «qué esfuerzo tan varonil tenía, que con oír cada día que nos habían de matar y comer nuestras carnes [...] jamás vimos flaqueza en ella»<sup>38</sup>. Diego de Ordás testifica en Toledo, el 19 de julio de 1529, a fin de que Martín Cortés, el hijo bastardo del conquistador y la Malinche -entonces apenas de seis años y legitimado unos meses atrás-, recibiera el hábito de Caballero de Santiago: «[que] Doña Marina es india de nación de indios, e natural de la provincia de Guasacualco, que es la dicha Nueva España, a la cual este testigo conoce de nueve o diez años a esta parte [...] e que es habida por persona muy honrada e principal e de buena casta e generación»<sup>39</sup>. Figura legendaria, personaje de cuentos de hadas cuando se la hace protagonista de una historia singular, extrañamente parecida a la de Cenicienta: hija de caciques, a la muerte de su padre es entregada como esclava a los mayas, y como toda princesa que se precie de serlo, la sangre azul recorre con precisión su territorio corporal, presta a descender como Ión en Eurípides, José en la Biblia, Oliver Twist en Charles Dickens, o Juan Robreño en Manuel Payno, para habitar la figura del niño expósito, figura por esencia deambulatoria, aunque al mismo tiempo, ocupe quizá el hierático lugar de las damas de la caballería o la escultórica imagen de las predellas medievales<sup>40</sup>. ¡Quién sabe!, concretémonos ahora a su figura de lengua.

## La de la voz

En las crónicas españolas, Malinche carece de voz. Todo lo que ella interpreta, todos sus propósitos se manejan por discurso indirecto.

En la versión castellana editada por López Austin del Códice florentino, Marina ocupa la misma posición en el discurso que ya tenía en los demás cronistas, es enunciada por los otros. Esta posición se altera, justo al final: los dos últimos parlamentos le corresponden en su totalidad a Marina. Lo señalo de paso, sería necesario intentar explicar esta discrepancia<sup>41</sup>.

En general, y en particular en Bernal, las expresiones utilizadas van desde lo más generales como: «según dijeron», «y dijeron que», «y digo que decía», «les preguntó con nuestras lenguas», «y se les declaró», «les hizo entender con los farautes», «y les habló la doña Marina y Jerónimo de Aguilar». Más tarde, se van refinando las frases y se especifica mejor la función de los lenguas: «Y doña Marina y Aguilar les halagaron y les dieron cuentas», frase en donde se advierte que los farautes no sólo ejecutan lo que se les dice, sino una acción personal. Y se puede culminar con esta explicación de Bernal: «un razonamiento casi que fue de esta manera, según después supimos, aunque no las palabras formales», en la que se maneja la idea de que Malinche ha interpretado a su manera los mecanismos de pensamiento y las propuestas de los españoles.

La interpretación es una acción consistente y continua. Su existencia es evidente. Se infiere en muchos casos o se subraya en muchos otros. Y sin embargo, en el cuerpo del texto se oye la voz de Cortés -y la de otros personajes- cuando se dirige a sus soldados, es decir, cuando no necesita interpretación; pero también cuando la necesita, esto es, cuando se dirige a sus aliados indígenas o a sus enemigos mexicas, por interpósita persona, la intérprete.

La voz es el atributo principal, o más bien literal, de la lengua. Quien no tiene voz no puede comunicar. Designar al intérprete con la palabra lengua define la función retórica que desempeña, en este caso, la sinécdoque, tomar la parte por el todo: quien se ve así despojado de su cuerpo, es solamente una voz con capacidad de emisión, y es la lengua, obviamente la que desata el mecanismo de la voz. La voz no es autónoma y, sin embargo, por razones estratégicas y por su mismo oficio, la lengua es un cuerpo agregado o interpuesto entre los verdaderos interlocutores, el conquistador y los naturales. En los códices es la Malinche la que aparece intercalada entre los cuerpos principales<sup>42</sup>. Este mismo hecho, el de ser considerados sólo por su voz, reitera la desaparición de su cuerpo o, mejor, lo convierte en un cuerpo esclavo. Si refino estas asociaciones, podría decir que además de tener que prescindir de su cuerpo -por la metafóricación que sufren sus personas al ser tomados en cuenta sólo por una parte de su cuerpo-, actúan como los ventrílocuos, como si su voz no fuese su propia voz, como si estuvieran separados o tajados de su propio

cuerpo. Esta aseveración se vuelve literal en una frase de fray Juan de Zumárraga, cuando furioso ante los desmanes del lengua García del Pilar, enemigo de Cortés, y aliado de Nuño de Guzmán, exclama:

aquella lengua había de ser sacada y cortada -escribía el obispo al rey- porque no hablase más con ella las grandes maldades que habla y los robos que cada día inventa, por los cuales ha estado a punto de ser ahorcado por los gobernadores pasados dos o tres veces, y así le estaba mandado por don Hernando que no hablase con indio, so pena de muerte<sup>43</sup>.

La mutilación a la que se les somete se subraya si se advierte que, sobre todo en el caso específico de la Malinche, este cuerpo -entre sujeto y objeto- debe, antes de ejercer su función, bautizarse<sup>44</sup>. La ceremonia del bautizo entraña de inmediato el abandono del nombre indígena y la imposición de un nombre cristiano. En el caso de Malinche, ella deja de ser Malinalli para convertirse en Marina. Curiosamente, esta alteración de la identidad, el ser conocido por otro nombre, es decir, convertirse en otra persona, que en los lenguas indígenas anteriores -Melchorejo, Juliancillo, Francisco y aun en Aguilar- significa también cambiar de traje, comporta una extraña mimetización onomástica, en la crónica de Bernal.

El conquistador es rebautizado y adquiere el nombre de la esclava, es el capitán Malinche y ella deja de ser la india Malinalli para ser nombrada solamente Marina por el cronista Bernal sabe muy bien que utilizar un apodo para designar a Cortés produce extrañeza en los lectores. Por ello, aclara de esta manera:

Antes que más pase adelante quiero decir cómo en todos los pueblos por donde pasamos, o en otros donde tenían noticia de nosotros, llamaban a Cortés Malinche; y así le nombraré de aquí adelante, Malinche en todas las pláticas que tuviéramos con cualesquier indios, así desta provincia como de la ciudad de México, y no le nombraré Cortés sino en parte que convenga; y la causa de haberle puesto aqueste nombre es que, como doña Marina, nuestra lengua, estaba siempre en su compañía, especialmente cuando venían embajadores o pláticas de caciques, y ella lo declaraba en lengua mexicana, por esta causa le llamaban a Cortés el capitán de Marina, y para ser más breve, le llamaron Malinche<sup>45</sup>.

Pero no se queda allí la cosa, las transformaciones onomásticas se siguen produciendo, siempre en vinculación con Marina, como si el hecho de haber sido Malinalli y luego Malintzin -otra transformación fundamental dentro de la otra cultura-, es decir, dejar de ser esclava para convertirse en señora, en tzin o en doña, hiciese que los sustantivos lengua, faraute o intérprete también se modificarán y recibieran una nueva denominación, la de Malinches, transformación que a su vez había sufrido el nombre de Malintzin en la defectuosa captación fonética que los españoles tenían de

ese nombre. Esta hipótesis mía parece comprobarse con las siguientes palabras de Bernal que completan su explicación sobre estos significativos cambios de nombre:

y también se le quedó este nombre -Malinche- a un Juan Pérez de Arteaga, vecino de la Puebla, por causa que siempre andaba con doña Marina y Jerónimo de Aguilar depreniendo la lengua, y a esta causa le llamaban Juan Pérez Malinche, que renombre de Arteaga de obra de dos años a esta a parte lo sabemos. He querido traer esto a la memoria, aunque no había para qué, porque se entienda el nombre de Cortés de aquí adelante, que se dice Malinche<sup>46</sup>.

Cualquiera diría, después de esta larga justificación bernaldiana que, desde el momento mismo en que doña Marina se vuelve uno de los factores esenciales para efectuar la Conquista, el adictivo o apellido Malinche que se le da a Cortés se vuelve el paradigma del intérprete. Para remachar este razonamiento mediante la identificación de la palabra Malinche con la dualidad traidora-traductora que se le atribuye y que se concentra en la palabra malinchismo: los nombres utilizados anteriormente para designar su oficio -faraute, lengua, intérprete- carecen de eficacia para calificarlo. Sabemos también, y aquí se ha mencionado, que en náhuatl Malinche quiere decir la mujer que trae Cortés, el sufijo agregado a su nombre denota posesión.

Retomando el hilo: vuelvo a plantear la pregunta que hice más arriba. ¿Por qué, entonces, Marina, la de la voz, nunca es la dueña del relato? Su discurso soslayado por la forma indirecta de su enunciación, se da por descontado, se vuelve, en suma, «un habla que no sabe lo que dice», porque es un habla que aparentemente sólo repite lo que otros dicen. Su discurso -para usar una expresión ya manoseada- es el del otro o el de los otros. La palabra no le pertenece. Su función de intermediaria, ese bullicio -y recordemos que la palabra bullicio implica de inmediato un movimiento y un ruido-, es una respuesta a la otra voz, aquella que en verdad habla, porque permanece, la voz escrita.

¿Será que al pertenecer Marina a una cultura sin escritura, dependiente sobre todo de una tradición oral, es la enunciada, en lugar de ser la enunciadora? ¿Acaso al haberse transferido su nombre a Cortés, el poder de su voz ha pasado a la de él? ¿Acaso, por ser sólo una voz que transmite un mensaje que no es el suyo, no significa? Apenas reproduce la de aquellos que carecen de escritura, según la concepción occidental, en voz «limitada -como dice De Certeau-, al círculo evanescente de su audición». Esta ausencia es la enunciación -este discurso indirecto, oblicuo, en que desaparece la voz de Marina- contrasta de manera violenta con la importancia enorme que siempre se le concede en los textos.

Cortar lengua

En su Crónica mexicana, don Hernando Alvarado Tezozómoc, describe así el asombro de Moctezuma al enterarse de las habilidades de Malinche:

y quedó Moctezuma admirado de ver la lengua de Marina hablar en castellano y cortar la lengua, según que informaron los mensajeros al rey Moctezuma; de que quedó bien admirado y espantado Moctezuma se puso cabizbajo a pensar y considerar lo que los mensajeros le dijeron: y de allí tres días vinieron los de Cuetlaxtan a decir cómo el Capitán don Fernando Cortés y su gente se volvieron en sus naos en busca de otras dos naos que faltaban cuando partieron de Cintla y Potonchán, adonde le dieron al capitán las ocho mozas esclavas, y entre ellas la Marina<sup>47</sup>.

Tezozómoc, como sabemos bien, es un historiador indio, descendiente directo de Moctezuma, sobrino y nieto a la vez del tlatoani azteca. Se dice que en su crónica «la forma del pensamiento, incluso la sintaxis, son náhuatl»<sup>48</sup>, si esto es así, es importante subrayar la expresión Cortar lengua que utiliza para sintetizar la supuesta capacidad de Malintzin para hablar el castellano. Cortar lengua podría asociarse con el sobrenombre que según Clavijero tenía también la joven «noble, bella, piritosa y de buen entendimiento, nombrada Tenepal, natural de Painalla, pueblo de la provincia de Coatzacoalco»<sup>49</sup>. Miguel Ángel Menéndez, citado por Baudot, afirma que Tenepal proviene de tene «afilado filoso, puntiagudo, cortante», y por extensión, persona que tiene facilidad de palabra, que habla mucho; tenepal, podría asimismo originarse en tenpalli, palabra que Menéndez traduce por labio, y tenepal puede significar «alguien que tiene gruesos labios» es decir «que habla mucho»<sup>50</sup>. Dentro de este contexto, parece evidente que la expresión Cortar lengua usada por Tezozómoc está vinculada a tenepal. No me es posible llevar más lejos las correspondencias, pero lo que en realidad me importa subrayar aquí, es el diferente tratamiento que se le da a doña Marina en las crónicas de origen indio o mestizo y su enorme capacidad para la interpretación en una sociedad que, evidentemente, está vinculada con la tradición oral y donde los códices necesitan de la palabra memorizada para interpretarse. Malinche ya habla castellano, al decir de Tezozómoc, desde el inicio del avance de Cortés hacia la capital mexicah, y los españoles son aquellos hombres descritos por los viejos que

predestinaron como sabios que eran, que había de volver Quetzalcóatl en otra figura, y los hijos que habían de traer habían de ser muy diferentes de nosotros, más fuertes y más valientes, de otros trajes y vestidos, y que hablarán muy cerrado, que no los habremos de entender, los cuales han de venir a regir y gobernar esta tierra que es suya, de tiempo inmemorial<sup>51</sup>.

En este contexto, parece meridiano que sólo puede penetrar en ese lenguaje cerrado -en esa habla apretada- quien tenga la lengua filosa y los labios

muy gruesos para poder cortar lengua. Y esa habilidad tajante, esa capacidad de hendir, de abrir aquello que está cerrado, en este caso un lenguaje, sólo puede hacerlo una diosa. Así convergen en este punto dos de las expresiones entresacadas y subrayadas por mí dentro de las crónicas que he venido analizando: para calar hondo en la tierra es necesario cortar lengua. Y en su papel de intermediaria, de faraute, la Malinche ha logrado atravesar esa lengua extraña apretada, la de los invasores, aunque para lograrlo se sitúe entre varios sistemas de transmisión, los de una tradición oral vinculada con un saber codificado, inseparable del cuerpo e ininteligible para quienes prefieren la escritura de la palabra, para quienes han trasferido la lengua a la mano, o en palabras de Bernal: «Antes que más meta la mano en lo del gran Moctezuma y su gran México y mexicanos, quiero decir lo de doña Marina».

## Bibliografía

- AGUILAR, fray Francisco de, Relación breve de la Conquista de la Nueva España, estudio preliminar, notas y apéndices de Jorge Gurría Lacroix, México, UNAM, 1988.
- ALVA IXTLILXÓLCHITL, Fernando de, Historia de la nación chichimeca, Madrid, Historia 16, 1985.
- ALVARADO TEZOZÓMOC, Fernando, Crónica mexicana, en Carlos Martínez Marín ed., Crónicas de la Conquista...
- ARGENSOLA, Bartolomé Leonardo de, Conquista de México, Introducción y notas de Joaquín Ramírez Cabañas, México, Pedro Robredo, 1940.
- BAUDOT, Georges, «Política y discurso en la Conquista de México: Malintzin y el diálogo con Hernán Cortés», en Anuario de Estudios Americanos, vol. XIX, Sevilla, 1988.
- CASAS, Bartolomé de las, Historia de las Indias, Edición de Agustín Millares Carlo, Estudio preliminar de Lewis Hanke, México, FCE, 1976.
- CERTEAU, Michel de, L'écriture de l'histoire, París, Gallimard, 1975.
- CLAVIJERO, Francisco, Historia antigua de México, Prólogo de Mariano Cuevas, México, Porrúa, 1976.
- CORTÉS, Hernán, Cartas de relación, México, Porrúa, 1976.
- CROVETTO, Pierluigi, I segni del Diavolo e I segni di Dio. La carta al emperador Carlos V (2 gennaio 1555) di fray Toribio Motolonia, Roma, Bulzoni, 1992.
- , «Diálogo u "original" del baile de la Conquista», en Guatemala Indígena, vol. 1, núm. 2, Guatemala, Centro Editorial José de Pineda Ibarra, 1961.
- DÍAZ DEL CASTILLO, Bernal, Historia verdadera de la conquista de la Nueva España, México, Porrúa, 1976.
- DÍAZ, Juan, «Itinerario de la Armada del Rey Católico a la Isla de

Yucatán, en la India, en el año 1518, en la que fue Comandante y Capitán General Juan de Grijalva...», en Carlos Martínez Marín, ed., *Crónicas de la Conquista...*

GARZA, Mercedes de la, «Visión maya de la Conquista», en Mercedes de la Garza, ed., *En torno al nuevo mundo*, México, UNAM, 1992.

GLANTZ, Margo, «Lengua y conquista», en *Revista de la Universidad*, México, núm. 465, octubre, 1989.

KARTTUNEN, Francis y James LOCKHART, «The Art of Nahuatl Speech: the Bancroft Dialogues», en *UCLA Latinoamerican Studies*, vol. 65, núm. 2, Los Ángeles, UCLA, Latin American Center Publications, 1987. (Nahuatl studies series).

KARTTUNEN, Francis, «In Their Own Voice: Mesoamerican Indigenous Women Then and Now», en *Suomen Antropologi*, núm. 1, 1988.

KOBAYASHI, José María, *La educación como conquista (empresa franciscana en México)*, 2.<sup>a</sup> ed., México, El Colegio de México, 1985.

LEONARDO DE ARGENSOLA, Bartolomé, *Conquista de México*, Introducción y notas de Joaquín Ramírez Cabañas, México, Editorial Pedro Robredo, 1940.

LÓPEZ AUSTIN, Alfredo, *Cuerpo humano e ideología*, 2.<sup>a</sup> ed., México, UNAM, 1984.

LÓPEZ DE GÓMARA, Francisco, *Historia de la Conquista de México*, Prólogo y cronología de Jorge Gurría Lacroix, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1984.

MARTÍNEZ, José Luis, *Hernán Cortés*, México, UNAM/FCE, 1991.

MARTÍNEZ MARÍN, Carlos, ed., *Crónicas de la Conquista*, 2.<sup>a</sup> ed., México, Promexa, 1992. (Clásicos de la literatura mexicana. Los cronistas: Conquista y Colonia).

MENÉNDEZ, Miguel Ángel, *Malintzin en un fuste, seis rostros y una sola máscara*, México, La Prensa, 1964.

MUÑOZ CAMARGO, Diego, *Historia de Tlaxcala*, Edición de Germán Vázquez, Madrid, 1986. (Historia 16).

PASTOR, Beatriz, *Discursos narrativos de la Conquista: mitificación y emergencia*, Reeditado y corregido, Hanover, Ediciones del Norte, 1988.

ROMERO DE TERREROS, Manuel, *Hernán Cortés, sus hijos y nietos, caballeros de las órdenes militares*, 2.<sup>a</sup> ed., México, Antigua Librería Robredo de José Porrúa e Hijos, 1944.

ROSE-FUGGLE, Sonia, «Bernal Díaz del Castillo frente al otro: doña Marina, espejo de princesas y de damas», en *La représentation de l'Autre dans l'espace ibérique et ibéro-américain*, París, La Sorbonne Nouvelle, 1991.

SAHAGÚN, Bernardino de, *Historia general de las cosas de Nueva España*, Introducción, paleografía, glosario y notas de Josefina García Quintana y Alfredo López Austin, México, CNCA/Alianza, 1989.

ZAVALA, Silvio, *El servicio personal de los indios en la Nueva España*, t. IV, México, El Colegio de México/El Colegio Nacional, 1989.

2006 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

---

[Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) [www.biblioteca.org.ar](http://www.biblioteca.org.ar)

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#). [www.biblioteca.org.ar/comentario](http://www.biblioteca.org.ar/comentario)

